Baltasar Magro

CENIZAS EN LA BOCA

editorial
cuarto centenario

Isa es una escritora por encargo, autora de libros de carácter biográfico que jamás verán la luz. Cuando decide abandonar ese trabajo, aparece Francisco. Es alguien que persigue un sueño: recuperar un amor del pasado que le atormenta, pero cuyos motivos para contratar a la escritora son confusos. Isa descubre pronto que este último cliente tiene heridas dolorosas e incomprensibles y que ha depositado en ella su esperanza reparadora al considerar que posee el poder curativo que precisa. El secreto de Francisco llevará a Isa a enfrentarse con su propio pasado, y ella, finalmente, logrará salvarle a través de la escritura.

Cenizas en la boca es quizá la obra más personal y emotiva del autor de ***El círculo de Juanelo***. Un regreso literario a su querido Toledo, una reflexión sobre la amistad, el amor y la memoria.

CENIZAS
EN LA BOCA

Baltasar Magro estudió **Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma de Madrid** y, más tarde, **Periodismo**.

Durante más de treinta años ha trabajado en diversas televisiones como guionista de programas culturales, documentales y de entretenimiento, y como director de diferentes espacios informativos.

Su obra literaria se inicia con ***El círculo de Juanelo*** (2000), novela que obtuvo un gran éxito, con diversas ediciones y excelente acogida de la crítica. Le siguieron ocho títulos más entre los que destacan ***La hora de Quevedo***, ***En el corazón de la ciudad levítica*** y ***La luz del Guernica***.

CENIZAS EN LA BOCA

Baltasar Magro

A todas las mujeres de mi vida.

© Textos: Baltasar Magro
© Edición: Editorial Cuarto Centenario

Edición: Editorial Cuarto Centenario
Diseño y Maquetación: IMP Comunicación
Impresión: AGSM

ISBN: 978-84-940811-7-0
Depósito legal: TO-276-2014

Editorial Cuarto Centenario: C/ Laurel Real, A6 (Valparaíso) 45080 - Toledo
www.cuartocentenario.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www. cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

FSC www.fsc.org MIXTO Papel procedente de fuentes responsables FSC® C119867

Primera parte

DELIRIO

1

Me invadió inesperadamente en la oscuridad.

Sucedió una noche en la que terminé sollozando mientras la cruel tormenta caía sin freno, lamiendo los muros y los empedrados con inusitada excitación.

Sentía frío. El balcón estaba entreabierto y por la rendija se colaba una humedad insoportable. Apenas lograba conciliar el sueño y fue al oír ruido en el salón cuando tuve la certeza de que se encontraba allí. Era extraño que hubiera viajado desde Toledo, apenas salía de su casa.

Sentado en el sofá me miraba con descaro, en una actitud retadora e inconcebible. Entonces, posé las manos sobre el pecho intentando protegerme, notaba el intenso palpitar del corazón. Había salido del dormitorio sin cubrirme y el camisón traslucía mi figura en ropa interior.

Nunca le había visto tan alterado, sus ojos oscilaban inquietos y parecían iluminarias en medio de un bosque frondoso. Tenía la boca entreabierta, a punto de decir algo. Frotaba las manos, nervioso...

Sin mediar palabra, comenzó a dar vueltas por la sala como un animal acosado con heridas que estimulan su furia. Respiré hondo intentando calmarme. Estaba entumecida. Una corriente de aire helado me atravesó desde los pies hasta la cabeza; procuré reanimarme para no desfallecer.

Aguardaba su reacción. Yo era incapaz de hablar, de mover un músculo. En aquel instante, el cielo se rompía con una tromba de agua. El vello se me erizó.

Por fin, detuvo su frenético caminar y se encaró conmigo. La penumbra le había transformado en un ser fantasmal: su pelo blanco brillaba, también la barba canosa, tenía los ojos incendiados... el cuerpo resaltaba como una sombra amenazante.

Me estremecí al escuchar su voz, ensordecía como si fuera un gruñido de ultratumba:

– ¿Dónde está? ¿Dónde?

Al rato, balbuceé:

– ¿El qué?

– Lo que has escrito. Dámelo, te lo ruego...

Actué como un autómata, en silencio. Llovía con más fuerza si cabe, se escucharon unos ladridos por las calles expandiéndose por el éter, con una potencia inaudita. Estaba confusa, temblaba.

Fui hasta la mesa del ordenador, a tientas, cogí los folios que había impreso aquella misma tarde. Al entregárselos, detecté algo brumoso en sus ojos, de las manos irradiaba un vaho gélido.

Se refugió en el sofá para leer con ansia los papeles ignorando mi presencia.

Mientras él examinaba el último capítulo de su vida, regresé al cuarto. Me puse la bata y me calcé unas zapatillas. Seguía temblorosa, descontrolada, flotando en una deriva brumosa como si fuera un barco amenazado por olas imposibles de embridar. Quería desaparecer, perderme...

Tanto me había impregnado de aquel hombre que resultaba imposible desprenderse de su influjo, era una obsesión y, al mismo tiempo, precisaba de su cercanía como algo enfermizo, inmersa en una verdadera paranoia que estaba haciéndome mucho daño. Me había volcado en su historia y en sus sentimientos.

Podía percibir su aroma como algo propio, dialogaba con él y sus silencios me desesperaban dejándome una huella dolorida; a veces, hasta perdía la voluntad cuando no lograba entenderle del todo. Poseo sellados a fuego los extraños pensamientos que me reveló el día que nos conocimos, más que extraños, impropios por el poco tiempo que había transcurrido desde que nos presentamos el uno al otro:

– La vida es un deambular inapelable hacia la catástrofe, una permanente huida de la muerte que nos negamos a aceptar y que ocultamos con constantes ilusiones, una dimensión patética de lo efímero en el ámbito del Universo. Nuestro paso fugaz por este mundo dura lo que un suspiro y nos creemos alguien.

En realidad, carecemos de control sobre nuestra vida porque apenas somos nada.

Así de trágico y filosófico apareció ante mí por primera vez.

Al regresar al salón y ver que había arrojado los folios al suelo temí que estuviera enojado.

La tormenta cesaba y nos llegaban lamentos de algunos canes callejeros que, seguramente, sorteaban con dificultad los charcos mientras golpeaban las pezuñas sobre los fríos adoquines.

Él cabeceaba pensativo, calculando cómo alumbrar el malestar. Intenté escapar.

Me lo impidió:

– ¡Isa! ¡Esto no sirve! No, no me vale…

Jamás me había gritado, ni tratado con dureza o resquemor. Me asusté, se me hizo un nudo en la garganta. Necesitaba huir, quería moverme…, tenía los pies anclados al suelo. Quería decir algo y era incapaz de articular una sola palabra.

– ¡No lo has entendido! –exclamó enfadado.

Balbuceé un gemido, deseaba volver a la cama, protegerme en mi dormitorio bajo las sábanas, superar aquel mal sueño. No cesaban sus lamentos.

– ¡Lo de María no es así! ¿Entiendes? No lo comprendes, te dije que la buscaras, tienes que encontrarla, debes hacerlo. Mientras no lo hagas, el resto del trabajo no resuelve nada, no funciona en absoluto, unas gotas no calmarán la amargura. Ma-rí-a… –evocó con vitalidad contenida, silabeando–. Cuando la conozcas, todo resultará sencillo, las piezas encajarán a la perfección, superarás la confusión que tienes ahora para interpretar, como es debido, lo que pasó.

Se derrumbó vencido, dejando caer los brazos y apoyando la cabeza en el respaldo del sofá. Respiraba ahogadamente. Durante un instante, casi eterno, circularon por mi cabeza numerosas imágenes. Las había recreado y revivido muchas veces a lo largo de las últimas semanas para componer un relato de final incierto que no lograba resolver, buscando la plenitud oculta de aquel ser si es que alguna vez disfrutó de ella. Deseaba acabar con su historia, también a mí me apremiaba y era imposible darle carpetazo, siempre había una nueva exigencia o un repentino deseo para que ahondase en algún detalle que a mí, en ocasiones, me resultaba de escaso interés. Hubiera dado lo que fuera con tal de desvanecerme. Pero él siempre lograba encauzar mi empeño a su antojo. Aquella noche ordenó, con un tono de exigencia que me enrabietó:

– Tendrás que hacer lo que te pida. Ése fue nuestro contrato, aquí nadie arroja la toalla. Eso está prohibido, yo te necesito, y es imprescindible que encuentres a María.

– ¿Qué es lo que quieres? –Repliqué enojada–. Estoy cansada de dar vueltas. Y..., sí, deseo dejarlo... Te devolveré todo, hasta el último céntimo...

Hablé titubeante, incapaz de controlar el ahogo. Me sentía ridícula en medio del salón, con el pelo revuelto y aspecto desmadejado, intentando explicar que carecía de fuerzas para prolongar nuestro vínculo. Rebusqué en mi mente los argumentos:

– He hurgado en tus recuerdos, analizado una y mil veces tus palabras, todo lo que me has dicho. ¿Recuerdas cuando me hablaste del arte de la memoria? Me dijiste que te esforzabas en practicarlo para hallar dentro de ti mismo lo esencial de la vida, la energía para superar las desdichas y seguir adelante, que por eso todavía estabas vivo. Pues bien, yo no he tenido tanta suerte, estoy aturdida, angustiada, y… me arrepiento de haber aceptado esta tarea, este capricho tuyo.

De súbito, se incorporó del asiento como impulsado por un fuerte resorte tomándome por los hombros. Al hablarme, resaltaba cada una de las frases con un brusco vaivén de mi cuerpo mientras me sacudía como si él fuera una bestia malherida.

– Vas a seguir ¿sabes? Vas a hacerlo porque ese fue nuestro acuerdo. Te necesito... –iba perdiendo fuelle, como si le faltase el aire–. Eres imprescindible...

Me soltó regresando al sofá. A continuación, ocultó el rostro entre las manos. Parecía derrotado.

Salí de la sala para refugiarme en mi cuarto dejándole con sus tribulaciones, con aquella locura en la que estaba sumido, lamentando que las lágrimas hirieran finalmente la piel de mi rostro.

El agua se deslizaba con suavidad en ese instante por los cristales del dormitorio. Apagué la luz y escondí la cabeza entre los

almohadones. Se hizo el silencio y comencé a sentirme mejor a pesar de que la garganta me arañaba por la sequedad, tenía un sabor ácido en la boca.

Poco a poco fui calmándome. Caí en un duermevela agradable que me fue reconfortando.

En medio de la noche creo que se acercó hasta la habitación para despedirse. Me acarició el pelo con suma dulzura antes de abandonar la casa, sentí el calor de sus labios en mi mejilla. Deseé que sus caricias se prolongasen. Pareció captar mi ardor e intentó saciarme con más besos ¿O, acaso, lo imaginé? De hecho, *Simbad,* ni se movió de su rincón.

Todo quedó en silencio.

Horas más tarde, una luz dorada se extendió por el cuarto presagiando una cálida mañana que atisbé al abrir ligeramente los párpados. Por la rendija de la ventana entraba dulcemente un aire limpio, renovado, que fue despejando de malos augurios la habitación y toda la casa, inundando de aromas primaverales cada rincón, reanimando mi espíritu que había transitado confuso durante la tormenta y con los gemidos de los animales aturdidos entre la niebla.

El amanecer arrojaba a la sima más profunda aquellos instantes en los que mi mente había permanecido dominada por él. Igual que los árboles y las plantas que, al ser acariciadas con el rocío del alba, inician un nuevo ciclo cada mañana cuando nace por el horizonte el majestuoso astro de fuego. Una nueva vida despojándose, con amorosa suavidad, de la atormentada negrura.

¿Qué fue del árbol que hundió sus raíces en las entrañas del alma marcando su destino? ¿Qué fue de la existencia de aquel hombre?

En su búsqueda, jadeo sin descanso, a pesar de que el pasado ya no existe por mucho que creamos lo contrario. Se fue, aunque nos duela en las entrañas, acabando con lo mejor de nosotros mismos. La vida.

Segunda parte

ESCRITORA POR ENCARGO